# CAPÍTULO XV

## Los agraviados

### I

La terrible escena á que acabamos de asistir necesita algunas explicaciones, que nos darán la clave de por qué D. Julián Palomeque entraba recatadamente en la casa de la calle de San Juan.

La noticia de la prisión de Whitehead y demás comprometidos en la conspiración constitucional llegó á la corte acompañada de todos los pormenores, sin pasar por alto la intervención que había tenido en el descubrimiento *el digno fiscal de S. M.* D. Santiago López, y en qué había consistido. Por otra parte, las cartas enviadas á Palomeque, á Lucrecia y á algunos liberales madrileños se extendían en minuciosos detalles, refiriendo todo lo ocurrido y pintando con los más negros colores la conducta del desventurado emisario.

La policía, puesta sobre la pista de las relaciones de Osorio, creyó muy del caso proceder á la detención de Lucrecia y á un registro minucioso de su casa. La confianza de la joven en la carta del emperador Alejandro había sido causa de que Lucrecia no tomara ninguna precaución para poner en salvo sus papeles de cualquier vista policíaca, y esto fué su perdición, pues al punto echaron mano los esbirros de la *Comisión* á una porción de cartas y otros documentos relacionados con la conspiración de Cádiz, con lo cual dicho se está el gravísimo peligro en que se encontró la joven.

El rey, por su parte, no cabía en sí de gozo, pues deseaba encontrar ocasión de desquitarse del desacato de la hermosa niña, y, prescindiendo ya de protecciones moscovitas, dió orden de que se la tratase duramente y se la impusiese pena capital.

D. Julián Palomeque, que por verdadero milagro se veía libre de las garras policíacas, juró tomar sangrienta venganza de la traición de Osorio, que, á su juicio, le había engañado vilmente, lo mismo que á Lucrecia; y recordando que el enamorado joven había respondido con su vida de su lealtad, compró á peso de oro á un llavero de la cárcel de Villa, y consiguió se le dejase permanecer sin testigos una hora en el calabozo de Osorio.

D. Julián, resuelto á todo, llevaba un par de pistolas cargadas, además del pomo de solimán, con intención de matar de un tiro al preso si se negaba á tomar el veneno. Ya comprendía Palomeque que, por poco que le instase, Osorio se mataría por su mano; pero de no haber sucedido así, sin duda hubiera disparado contra él sin temor á las consecuencias que pudieran sobrevenir.

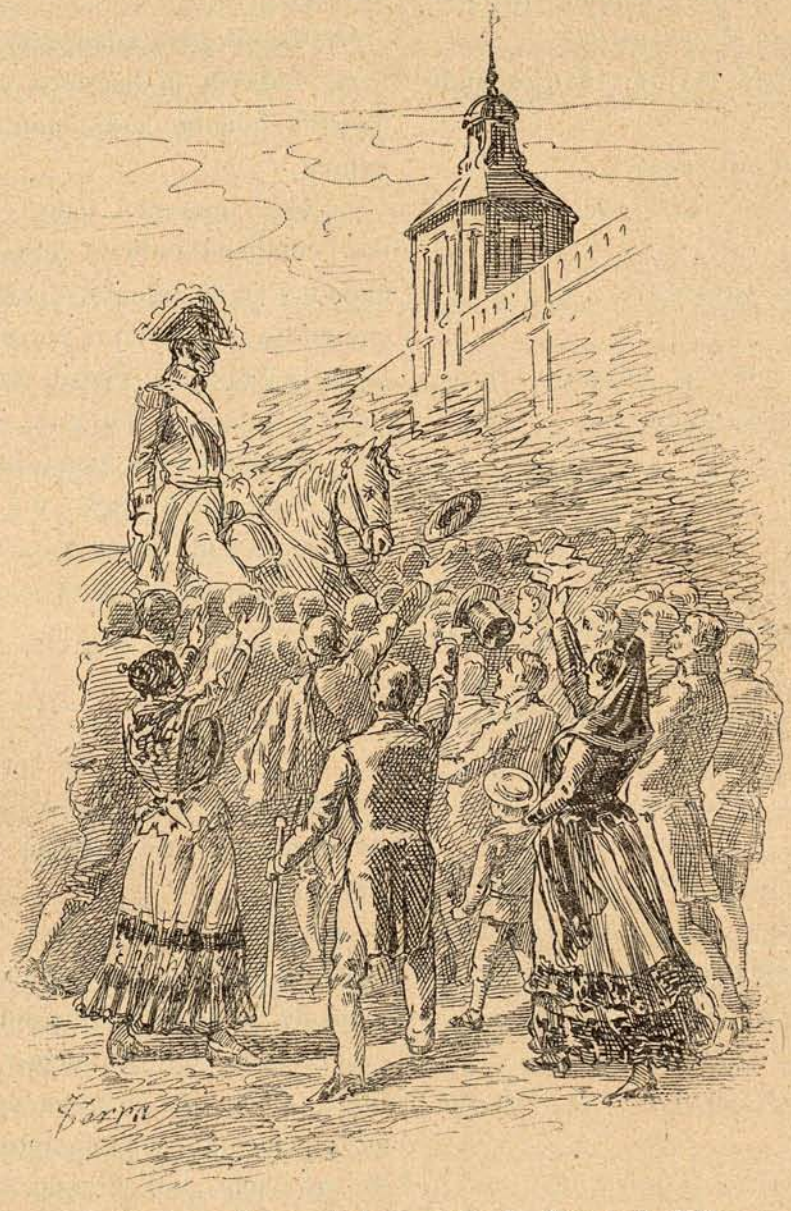
Palomeque, sin embargo, hubiera sentido verse obligado á quedar preso, pues traía ahora entre

manos todo un enrevesado plan para salvar á Lucrecia. Era tanto, sin embargo, su anhelo de acabar con Enrique Osorio, que anteponía la muerte de éste á toda otra consideración.

Vamos ahora á ver qué iba á hacer Palomeque en la casa de la calle de San Juan.

## II

Daban las tres de la tarde cuando D. Julián subía al segundo piso de una de las primeras casas próximas á la plazuela de Antón Martín. No había nadie en la habitación.



...entre la cual descollaba... el Sr. D. Fernando VII...

—Esperaremos,—murmuró el ex mayordomo de la condesa de Torre Negra.

Y rendido, ya fuese por las emociones de aquel día, ó por el cansancio natural á su edad, echóse sobre un jergón que yacía en el fondo de una alcoba, único objeto que allí dentro había, componiéndose el resto del mobiliario de la casa, de una mesa,

vocerío procedente de la plazuela, dominando con mucho los gritos, con frenético entusiasmo proferidos, de *¡Viva el rey neto! ¡Viva Fernando! ¡Viva Narizotas!*

Incorporóse D. Julián, levantóse, acercóse á la ventana, y vió en la plazuela grandísima muchedumbre, entre la cual descollaba, caballero en un magnífico potro overo, el Sr. D. Fernando VII

de hombres que estaban haciendo á corta distancia de la fuente un gran montón con libros y periódicos.

—¡Al fuego! ¡Al fuego!—gritaban en la plaza, mientras el rey seguía, al parecer, con curiosa atención los preparativos de aquella especie de auto de fe.

D. Julián vió entonces un carro cargado de papeles, del cual se iba sacando *el combustible.*

—*¡El Patriota!*—gritaban los que iban sacando papeles del carro.

—¡Muera!—contestaban mil voces.

—*¡El Semanario Patriótico! ¡El Redactor general!*

—¡Muera!

—*¡El Diccionario crítico-burlesco!*

—¡Al fuego con él!

Ya ardían ahora los periódicos, folletos y libros, produciendo densa y apestosa humareda.

—*¡El Amigo de las leyes!*

—*¡La Pajarera!*

—*¡La Abeja Madrileña!*

—*¡Las Ruinas de Palmira!*

—¡Al fuego! ¡Ardan todos! ¡Herejotes! ¡Flamasones! ¡Pillos!

El *donoso escrutinio* continuaba en medio de la mayor algazara.

—*¡Gaceta de la Regencia de las Españas!*

—¡Muera!

—*¡Diario de las discusiones y actas de las Cortes!*

—¡Quemadlo! ¡Al infierno con esos charlatanes!

—*¡Colección de los decretos y órdenes de las Cortes extraordinarias de Cádiz!*

—¡Muera! ¡Muera!

—*¡Manifiesto de las Cortes! ¡Manifiesto de la Junta Superior de Cádiz!*

—*¡El espíritu de las leyes!*

—¡Muera! ¡Al fuego!

—*¡El Robespierre!*

—¡Muera! ¡Ahorcadlo! ¡Al fuego! ¡Muera Robespierre!

—*¡El Diario de Barcelona!*

—¡Muera! ¡Mueran los liberales!

—*¡Historia crítica de España!*

—Fuera críticas. ¡Al fuego la Historia! ¡Muera la Historia!

Y así fueron siguiendo veinte periódicos y cien libros más, que en sentido más ó menos liberal se habían publicado en Madrid y provincias durante la guerra. El rey, satisfecho del auto de fe de sus amasados vasallos, permaneció allí durante largo tiempo riendo á carcajadas, después de lo cual se retiró á palacio seguido de una inmensa muchedumbre que no cesaba de vitorearle.

Había D. Julián presenciado la escena con ceñudo gesto, dejando oir una exclamación de amargo desprecio.

Estaba ya para anochecer. Veíase á lo lejos humear todavía la hoguera en que parecía haberse querido inmolar toda manifestación de la inteligencia.

—¡Se lo merecen todo!—exclamó por fin D. Julián, compendiando en aquella frase toda su indignación y su desaliento.—¡Ese pueblo no es digno de que nadie se sacrifique por él! Razón de más para salvar á Lucrecia. Puesto que sólo imperan la estupidez y la bajeza, hagamos como los demás.

En aquel instante llamaron en la puerta.

D. Julián fué á abrir, y á la débil claridad del crepúsculo pudo verse en el umbral al señor canónigo D. Pascual Bergadá, vestido de paisano.

## III

—¡Buenas noches, D. Julián!—dijo el capellán de honor entrando, después de cerrar por sí mismo la puerta.

—Muy buenas las tenga V., Sr. D. Pascual,—respondió Palomeque.—¿Ha visto V. las demostraciones de júbilo de que ha sido objeto el rey?

—¡Pues no he de haberlo visto!—replicó el canónigo.—¡Como que no se puede pasar por la plazuela con la peste que está echando aún la hoguera! ¡Y el rey tan ciego, tan cerrado á la razón que no ve cuáles son los verdaderos deseos de su pueblo! Porque no nos hagamos ilusiones, mi buen amigo: lo que el pueblo ha querido demostrar con esa quema no es su aborrecimiento á las letras de molde, sino á los perversos folicularios que escribían esos periodicuchos y esos libros maldecidos de Dios y de sus santos. Lo que el pueblo ha querido manifestar con ese acto ha sido su vehemente anhelo de que se restablezca cuanto antes la Inquisición, pero la inquisición de verdad, porque no quiera V. decirme que eso que tenemos ahora sea inquisición ni Cristo que lo fundó.

—¡Qué ha de ser, D. Pascual! ¡Si no dan pie con

bola! ¡Nunca se ha visto más triunfante la impiedad que ahora!

—¡Oh!

Los dos interlocutores pasaron á la estancia en que habían quedado D. Pascual, el cual, al ver al

## IV

Volvamos ya á D.ª Lucrecia y á D.ª Carolina, las cuales, como se sabe ya por lo que dijera D. Pascual, habían salido de Madrid por la Puerta de Alcalá, con dirección á Francia. Desgraciadamente al llegar á Alcalá de Henares fué preciso suspender el viaje por haberse encontrado repentinamente indispuesta D. Carolina, á causa del mucho frío que se dejara sentir en el camino.

La buena señora tuvo, pues, que meterse en cama en la posada donde paró el coche, situada en la carretera de Aragón, pero los médicos aseguraron que con tomar unos buenos sudores se curaría en seguida aquel resfriado, sin temor á que sobrevinieran mayores complicaciones.

Dos días hacía que duraba la detención, cuando llegó á la posada una silla de posta de la cual bajaron un caballero y una señora, sin duda para pernoctar en el parador, pues ya comenzaba á oscurecer.

Era aquel día el de los Santos Inocentes, y el dueño del parador, hombre piadoso, había dispuesto en honor á aquellos invictos mártires una religiosa novena, que se celebraba en una sala de la posada. Como D.ª Carolina iba afortunadamente mejorando, no pudo negarse Lucrecia á honrar con su presencia aquel devoto acto, juntamente con los demás huéspedes.

Y asistieron también los señores que acababan de alojarse en el parador; personas, al parecer, de mucho viso; pero de todas maneras hubiéralo sido la señora, extremadamente bella, y muy amable también, á lo menos con Lucrecia, á quien saludó con la más afable sonrisa.

Terminó la novena, invitó la señora á Lucrecia á acompañarla en la cena, y excusóse la joven, alegando el delicado estado de su madre.

—Conque ¿se ha puesto mala de pronto?—preguntó la viajera.

—Sí, señora.

—Vea V. una cosa que sentiría yo mucho. ¿Iban Vds. muy lejos?

—Á Zaragoza,—contestó Lucrecia, que no creyó del caso explicarse más.

—¡Á Zaragoza! Pues también nosotros,—respondió la señora.—Mi esposo va allí de presidente de la Real Chancillería.

—Celebro infinito.

—¡Le aseguro á V., amiga mía, que llevamos un trajín desde hace algún tiempo!...

—¿Viajan Vds. mucho?

—¡Un horror! Figúrese V. que venimos de Cádiz, pues poco es lo que hemos parado en Madrid, á pesar de los muchos deseos que yo tenía de que nos dejasen allí.

—¿De Cádiz?—preguntó Lucrecia con marcado interés.

—Sí, señora. Hemos estado allí algún tiempo. Mi marido era el secretario de la Comisión Extraordinaria.

—¡Ah!—exclamó Lucrecia.

—Un destino muy malo, de mucho compromiso. Pero no podrá quejarse el rey, porque, gracias á Santiago, se descubrió una conspiración terrible, que de no haber abortado... ¡infelices de nosotros!

—Sí... oí hablar de eso; pero no me fijé gran cosa.

—¡Pues si V. supiera! Ya lo tenían tramado todo para poner de nuevo la Constitución. ¡Figúrese V.!

—¿De veras?

—Sí, señora, sí; pero ya he dicho que, gracias á mi esposo, quedó desbaratado aquel plan infernal.

—Seguramente que el rey le habrá concedido entonces un buen premio.

—Más hubiera podido darle; y, sobre todo, no valía la pena de trabajar tanto para que nos mandaran á ese destierro de Zaragoza. Debe estar aquello hecho una asquerosidad de cuando el sitio.

—No sé: nosotros vamos allí para asuntos particulares.

—Lo supongo. Pero ¿no tienen Vds. miedo de los bandoleros?

—Llevamos algunos escopeteros de escolta.

—Muy bien hecho: nosotros también. No crea V.: ya nos sucedió una vez que nos sorprendieron, cerca de Sevilla; pero, gracias al valor de mi esposo, huyeron los ladrones.

—Celebro mucho,—dijo con imperceptible ironía Lucrecia, que estaba perfectamente enterada de lo que sucedió. Sin embargo, quería aun saber más positivamente si la señora con quien hablaba era la que ella presumía que fuese. Así es que, ocultando su verdadero nombre, repuso:

—Señora, V. me perdonará que tenga que abandonar su muy amable compañía... Si en algo puedo ser útil á V., disponga V. de mí... Luisa Sánchez...

hija del coronel D. Alfonso; calle del Pez, 49, y en Zaragoza, calle de Predicadores, 65.

—Señorita, disponga también V. de mí... Teodora López, en la Chancillería de Zaragoza.

—Gracias, señora.

Una palidez mortal cubrió el rostro de Lucrecia al oir el nombre de su interlocutora, pero reprimió su primer impulso y se retiró á su cuarto haciendo una profunda reverencia á la digna esposa del nuevo presidente.

## V

Luchaban los más encontrados sentimientos en el corazón de Lucrecia, pero de en medio de aquella confusión surgía clara y avasalladora una idea: venganza.

Habíale salido al paso la mujer odiada que había labrado su infelicidad y conducido á la muerte á Osorio; allí estaba la infame policíaca que había desbaratado el plan que debía devolver á España el goce de su libertad; y los sentimientos violentamente revolucionarios de Lucrecia y la voz del remordimiento por la muerte de Osorio, á la cual había asentido, se aunaban para que en su pecho se desatase una tempestad horrible.

Odiaba, aborrecía con salvaje rencor á Teodora; no podía perdonarle el mal que le había causado. ¡La mataría!

Sin embargo, la situación no favorecía gran cosa sus designios. Tenía á su madre enferma. Teodora iba á salir á la mañana siguiente. De cometer contra ella la menor violencia, quedaba presa y su madre abandonada.

Pero... ¿y si luego no encontraba á Teodora en Zaragoza?

Entonces Lucrecia recordó que también ella tenía veneno, del mismo de que se había servido D. Julián Palomeque: solimán.

Y cayó en la cuenta de que en Alcalá se confeccionan muy famosas almendras...

Esto fué un rayo de luz, ó, si se quiere, de sombra para Lucrecia.

No dejaría Teodora de aceptar la fineza de una cajita de almendras.

Y envió en seguida por lo dicho.

Al poco rato comparecía una criada con una caja de blancas almendras de Alcalá.

Lucrecia corrió á abrir uno de los cofres y sacó del fondo una redomita llena de unos polvos blancos.

Cogió tres ó cuatro almendras de las que se hallaban en la parte superior, y con paciencia inaudita dióse á vaciarlas, después de haber hecho un agujerito con un alfiler, llenándolas en seguida con el tósigo, hecho lo cual esparció por encima de las demás almendras el resto de los polvos.

No durmió en toda la noche, atenta al menor ruido que le indicara el momento en que los viajeros se pondrían de nuevo en marcha.

Así trascurrieron largas horas, que le parecían más largas aún á Lucrecia: tanta era la vehemencia horrible de sus vengativos deseos.

Y sentía que el odio á Teodora aumentaba á cada instante; tachábala de ignominia de su sexo, no pudiendo perdonarla que utilizase la santa y sublime llama de un amor, por criminal que éste fuese, para conseguir que su marido obtuviese un ascenso.

Aquella prostitución del más noble sentimiento del alma indignaba á Lucrecia. No concebía nada más infame.

—¡Seré la vengadora de Osorio, y seré la vengadora de las mujeres que jamás consentirán en seducir á un hombre para hacer granjería de su pasión! —se dijo.

Entretanto, pasaban las horas, pero no acababan de disiparse las sombras de la noche.

Por fin comenzó á dejarse oir algún rumor en la posada, y sin temor al recio frío comenzó á salir algún carro, cuyo traqueteo resonaba con lúgubre ruido en el silencio de la madrugada.

Luego vió Lucrecia brillar algunas luces en el comedor; pasaron las criadas con velones y candeleros; crujieron algunas puertas; púsose la mesa.

El cuarto ocupado por D. Santiago López y su esposa estaba situado al extremo del mismo corredor en que se abría el de Lucrecia. La joven procuró ver por el ojo de la llave cuándo pasarían los dos viajeros.

Daban las siete en el reloj de la Colegiata cuando Lucrecia oyó llamar quedo á su puerta.

Abrió al cabo de dos minutos fingiendo que acababa de levantarse de la cama, y se encontró de manos á boca con Teodora.

—¿Le he incomodado á V.?—preguntó la bella señora.

—¡Oh! ¡No, señora, no! Pero ¡qué dormilona soy! Me había propuesto levantarme muy temprano para no dejar que se fuera V. sin tener el placer de ofrecerle nuevamente mis respetos, y he tenido que pasar por la vergüenza de que fuese V. más madrugadora que yo.

—Yo le agradezco á V. mucho su intención, señorita Luisa,—repuso Teodora.

—¡Si supiese V. cuánto siento que mamá no se encuentre en situación de ponerse en marcha! Porque hubiera tenido un placer grandísimo en poder hacer juntas el viaje.

—El placer hubiera sido mío también. Vamos, ¿quiere V. acompañarnos en el desayuno?

—Con mucho gusto, amiga mía. Permítame V. que la llame así.

Las dos mujeres se dirigieron al comedor, donde encontraron á D. Santiago, instalado ya en la mesa, y se sentaron una á cada lado del señor presidente.

—La señorita D.ª Luisa, hija del coronel D. Alfonso Sánchez,—dijo Teodora, presentando á Lucrecia á su esposo.—Mi esposo, D. Santiago López.

El togado y la niña cruzaron una ceremoniosa reverencia, entablando luego una conversación que, á no tener más sustancia el desayuno, de fijo se hubieran quedado todos con la misma hambre que antes. Como que no se habló sino del bondadoso corazón de S. M. el rey, de los sonetos que le dedicaba D. Lucas Rabadán, de la gracia con que S. M. despedía á sus secretarios de Estado, á unos por ser *cortos de vista,* á otros por ser *largos de manos,* á éste por *inepto*, á aquel por *demasiado entendido.*

Ponderóse las grandes ventajas que traería el restablecimiento de la Inquisición, la tranquilidad de que se disfrutaba desde que no se publicaban periódicos; discutióse luego la cuestión de las trabillas en los pantalones, y terminó el tente en pie, recitando D. Santiago el siguiente soneto, recientemente publicado en el *Diario de Avisos*, y fruto probablemente del insigne D. Lucas Rabadán:

¡Viva, viva, pardiez, el Rey Fernando,
esa águila imperial que al mundo doma,
y ha de reinar desde Gijón á Roma,
á todos con paciencia edificando!
¡Viva, viva, Fernando venerando,
ante quien todo el orbe se desploma,
y ha vencido la estúpida carcoma
del vil liberalismo tan vitando!
Acudid, acudid á Fernandito
y seréis á porrillo muy felices;
pues es hombre ese rey tan rebendito
que deja con un palmo de narices
á todo liberal, cerdo maldito,
y no hay como él para cazar perdices.

—¡Qué bonitos versos!—exclamó la criada del mesón que servía á los huéspedes. Pues miusté que buena falta nos haría por acá ese señor rey, porque lo que es perdices no hemos visto por acá dende la fiesta de San Saturio.

Con eso dióse por terminado el almuerzo, disponiéndose D. Santiago y D.ª Teodora á bajar al patio, donde estaba ya enganchado el coche.

## VI

Acompañó Lucrecia á los viajeros, y, una vez los vió instalados en la silla de posta, dijo:

—Mi querida amiga, acepte V. como recuerdo mío este humilde presente, mientras llega la hora de que en Zaragoza pueda tener el placer de visitarla.

—Mil gracias, señorita... Ha sido V. muy amable... Conque ¿hasta Zaragoza, eh? No deje V. de venir á verme...

—¡No faltaría más!

—Y que sea pronto.

—Sí: así confío, Dios mediante.

Ya alboreaba. El postillón hizo restallar el látigo, saludó Lucrecia á los viajeros con una última cortesía, y partió el carruaje, perdiéndose en breve en un recodo de la carretera de Aragón.

No había trascurrido media hora cuando el carruaje regresaba, con los mulos al trote largo.

# CAPÍTULO XVII

## Lucrecia

### I

Ante la inesperada noticia de que volvía corriendo la silla de posta, salieron el posadero y los suyos para saber cuanto antes á qué se debía tal novedad.

La novedad era que D. Santiago y D.ª Teodora se habían visto acometidos repentinamente de unos horribles dolores de entrañas con violentos vómitos sanguinolentos, y que estaban á la muerte, sin poder explicarse cómo había sido aquello, pues no se les oía articular palabra, ya que seguidamente á unos terribles espasmos habían quedado abatidos, no saliendo de un desmayo sino para caer en otro.

Al rumor acudió Lucrecia, y acercándose vió á los esposos postrados en su asiento, con la palidez de la muerte pintada en el semblante. Escrutó en seguida con la mirada el interior del vehículo y vió en el suelo la fatal caja de almendras.

Pronto la gente que había acudido en socorro de los desventurados viajeros se apresuró á trasportarlos á una habitación, saliéndose todos del zaguán, de cuya oportunidad se aprovechó Lucrecia para recoger la cajita y algunas almendras que se veían esparcidas sobre la alfombra que cubría el pavimento del carruaje, hecho lo cual trasladóse con los demás al cuarto en que quedaron instalados los moribundos.

Ya en estó, se había enviado á buscar á los dos médicos que había en Alcalá, los cuales no tardaron en comparecer, no sin dirigirse, al verse juntos allí, una mirada denunciadora de que no existía entre ambos la paz y concordia, tan necesarias entre los príncipes cristianos.

—Pase V., pase V., D. Andrés,—dijo el más joven, ó, mejor dicho, el menos viejo, á su compañero.

—Pasaré ya que V. se empeña, D. Francisco, respondió D. Andrés.

Acercáronse los dos galenos á la cama en que yacía D. Santiago López, y dijo D. Andrés:

—Está visto: una calentura pútrida.

—Me parece, D. Andrés, que anda V. equivocado: eso es una perniciosa larvada.

—Sea como fuere, un buen purgante.

—*Nego:* quina.

—D. Francisco, yo no cargo con la responsabilidad de darle á ese señor ese remedio incendiario que V. propina.

—Ni yo con largarle á ese señor esa purga que V. quiere que se tome.

—Entonces, no nos entendemos. Yo estoy aquí de más.

—No: quien está de más soy yo.

Y ambos se disponían á tomar el portante cuando el posadero, lleno de congoja, exclamó:

—Por Dios, señores doctores: mírenlo Vds. me-

jor... Quizás tengan esos pobres señores las dos cosas que Vds. dicen.

—¡Hombre ignaro!—exclamó D. Andrés.

—*¡Blasphemasti!*—agregó D. Francisco.

—Sí, señores, ya sé que soy un rocín en comparación de Vds., pero eso de dejar sin asistencia á dos enfermos...

—¡Cómo dos!—preguntó D. Andrés.

—Sí, señor: en esta otra cama, vea V...

—Entonces, todo está arreglado. Yo cuidaré del señor, y mi compañero cuidará de la señora.

—Perfectamente,—dijo D. Francisco.

Ya en esto, habíase acercado Lucrecia á la cama en que yacía Teodora, y seguía con atenta mirada todos los ademanes del médico.

No era posible conseguir que volviesen en sí los dos desgraciados. D. Francisco mandó dar unas friegas; quemó un papel de estraza y lo acercó á la nariz de la paciente; le roció la cara con agua fría. Inútil todo. Un sudor frío bañaba su cuerpo; los ojos estaban apagados; los labios como quemados.

El médico tomó el pulso á la infeliz moribunda y murmuró:

—Se le acaban las fuerzas.

—Pues mire V., parece imposible. ¡Pobre señora! ¡Tan guapetona como ha salido de aquí hace media hora!—repuso el posadero.

—Lo que hay que hacer, antes que nada, es enviar por un cura que les administre la extremaunción á esos pobres señores,—repuso D. Francisco. —¡Sálvense sus almas, ya que no parece probable que se puedan salvar sus cuerpos!

Fueron corriendo las criadas en busca del sacerdote, y, tranquilizada ya su conciencia, pusieron los dos galenos manos á la obra en punto á recetar lo que creían oportuno. D. Andrés una *poción angélica* y D. Francisco la *opiata de Masdevall,* engalanando cada fórmula con cinco ó seis *coadyuvantes.*

Mientras los dos doctores estaban llenando de garabatos los papelitos en que escribían, Lucrecia se acercó á Teodora y, sacando un pomo de sal de amoníaco que había ido á buscar á su cuarto, aproximólo á la nariz de la infeliz señora.

Pronto abrió Teodora los ojos, exhalando un débil suspiro.

Entonces Lucrecia, con una crueldad horrible, pegó sus labios al oído de la desdichada moribunda y dijo:

—Te he matado yo, con veneno. Así pagas lo que hiciste con Enrique Osorio, cuyo amor me robaste; así pagas la villana traición que le hiciste cometer denunciando á mis hermanos. ¡Muere, infame!

Á aquellas palabras, abrió desmesuradamente los ojos Teodora y murmuró de una manera casi ininteligible:

—¡Malvada!

Una violenta convulsión ahogó las otras palabras que se disponía á pronunciar. Pronto el estertor de su pecho aumentó de intensidad. Llegó el cura y, mirando á la desgraciada, exclamó:

—¡Aviados estamos! ¡Pues apenas si llego á tiempo! Señora, V. me ayudará...

—Sí, señor, sí,—respondió Lucrecia.

Pero no hubo ocasión de ayudarle, porque Teodora exhaló en seguida el último suspiro, y lo mismo D. Santiago López.

Enterróseles por la tarde, y no se pudo saber nunca de fijo si murieron de una *perniciosa* ó de una *calentura pútrida.*

## II

Había quedado vengada la muerte de Enrique Osorio. Lucrecia, con una serenidad asombrosa, no demostró la menor emoción cuando fué requerida por el alcalde de Alcalá para que manifestase lo que le había parecido aquello, que de todas maneras resultaba algo sospechoso.

—Pues yo no sé qué decirle á V., señor alcalde,—contestó al comparecer al día siguiente en el despacho de aquella autoridad.—Sin embargo, me pareció que esos pobres señores no debían andar muy bien de salud, pues durante el poco tiempo que les ví en la posada hubiese jurado que tenían calentura.

El alcalde no insistió y se conformó con el parecer de los médicos, que aseguraban, bajo la fe de Hipócrates, que no había como una *perniciosa* ó una *calentura pútrida* para irse cualquier cristiano al otro mundo en menos que canta un gallo.

No creyendo, sin embargo, Lucrecia que fuese muy prudente continuar en Alcalá, pues podía presentarse á lo mejor cualquier allegado de la familia López y entrar en recelos, hizo presente á D.ª Carolina la conveniencia de ponerse en marcha cuanto antes, y alegando la buena señora el disgusto que le había producido el triste suceso que acababa de

ocurrir, partieron de Alcalá madre é hija la mañana del 30, en dirección á Zaragoza, donde llegaron á primeros de año.

Sabemos que las dos señoras se trasladaron luego á París y que allí permanecieron hasta el año 1821, en que, conseguida la independencia de Venezuela, se fueron á establecer en Caracas, donde Lucrecia se casó con uno de los generales que habían tomado parte en la guerra.

En cuanto á D. Julián Palomeque, retiróse á Talavera de la Reina, siempre poseído de profundísima tristeza, muriendo á primeros de 1815.

# EPÍLOGO

## I

Tristísimos fueron los acontecimientos que fueron sobreviniendo desde la fecha en que terminamos nuestra narración. El entronizamiento del más estúpido absolutismo había hecho abortar el generoso movimiento de regeneración debido á las Cortes de Cádiz. Puédese quizás tachar á éstas de haber querido adelantar demasiado de una vez y de haberse inspirado sobradamente en los principios de la Revolución Francesa, pero es indudable que dichas Cortes prestaron un inmenso servicio al país dándole á conocer cuáles eran sus derechos, noción harto olvidada desde el funestísimo y maldecido instante en que la monarquía unitaria acabó con las libertades de los antiguos reinos.

Corrían en 1814 terribles vientos contra-revolucionarios, imperando en Francia y Nápoles los Borbones, con su tradición de absolutismo y sus odios implacables á todo lo que trascendiese á libertad; pero ningún Borbón como Fernando VII dió mayores muestras de satánico espíritu de venganza, siendo así que en España no había motivo alguno para ello, por no existir agravio alguno de que tuviese que desquitarse la real familia. Y, sin embargo, por triste que sea tener que confesarlo, el pueblo y la aristocracia acogieron con entusiasmo al rey y se pusieron de su parte en aquella persecución africana contra los innovadores, pertenecientes en su mayoría á la clase media, como si les doliese á las clases populares abandonar los hábitos contraídos en tres siglos de decadencia. Tan difícil es desarraigar de pronto las inclinaciones de un pueblo sumido en la ignorancia.

Llegó, por fin, la hora de repartirse Europa el botín de la victoria conseguida, sobre aquel *condottière* corso, que encarnó en sí las ansias conquistadoras de la Revolución Francesa y fué el gran propagador de la centralización que tantos estragos ha causado en nuestra patria, y jamás se vió á una nación recoger tales frutos de una victoria como los que recogió España. En el interior la más escandalosa é insensata de las reacciones: en el concierto europeo los desaires y humillaciones más inauditas y crueles.

¿Qué papel habíamos de hacer, en efecto, en el congreso de Viena con un gobierno como el que nos regía? España, que había sido la que había herido á Aquiles en su talón, mirábase desdeñada y arrojada de su primitiva importancia á potencia de segundo orden y conminada á devolver á Portugal la plaza de Olivenza. Mientras Rusia, Prusia é Inglaterra hacían para sí la parte del león, la nación de Bailén se veía negado absolutamente lo poquísimo que pretendía; esto es, la devolución de los principales de Parma, Plasencia, Guastalla y Etruria, en Italia: sólo sacamos de allí, repetimos, la relegación á un puesto secundario en la categoría de potencia europea y el microscópico principado de Luca para la ex reina de Etruria y su familia.

## II

El clero fué declarado exento de satisfacer ningún impuesto. Resultado: que no hubo dinero para pagar á nadie; cohechábase en las oficinas que era un gusto; todo se vendía: los empleos, la justicia, la impunidad. Los ministros eran los primeros en cohechar, ora en dinero, ora en mujeres, mientras fueran un poco bonitas. Las antesalas de los ministros y de los favoritos estaban llenas siempre de señoras de todas clases, desde duquesas á lugareñas. Dichas antesalas eran el punto de reunión de todos los Tenorios de Madrid, que iban allí sin más objeto que el de contraer relaciones con las bellas solicitantes.

De vez en cuando salía algún decreto sobre instrucción pública, pastos ó beneficencia para entretener á los bobos, que no era más que una mofa añadida á los ultrajes inferidos á la nación española.

Ni se veía mejor tratado el ejército, aquel ejército á cuya complicidad en su mayoría fué debido el triunfo del despotismo en 1814, aquellos soldados que habían tenido corazón y aliento para anonadar al pueblo del que habían salido.

Primero se hicieron grandes y magníficas promesas, que tardaron poquísimo tiempo en verse de todo punto disipadas. Apenas el partido servil pudo contar con la protección de Inglaterra y de la Santa Alianza, cuando fueron desterrados ó alejados de las filas todos los sospechosos de constitucionalismo; licenciáronse muchos regimientos, que fueron reemplazados por otros á la devoción del bando dominante. En cuanto á la marina, sabida es la opinión de Fernando VII:—*Poca y mal pagada.*

## III

Semejante situación justifica cumplidamente la resolución heroica de Mina de desbaratar los proyectos de los serviles ó dejar para siempre el suelo de la patria.

Encontrábase Mina en Madrid cuando la entrada del rey, é indignado de lo que veía, trabajó para que se le reuniesen todos los jefes liberales que había en la capital, al objeto de oponerse todos juntos al decreto del 4 de mayo. No pudo alcanzarlo, sin embargo, por lo cual se trasladó á Pamplona, cuya guarnición, que ascendía á 4,000 hombres, se colocó inmediatamente á su lado. Todo estaba ya á punto é iba á proclamarse la Constitución cuando las intrigas de Ezpeleta, nombrado recientemente capitán general de Navarra, y las de muchos curas, juntamente con la cobardía de algunos oficiales, dieron al traste con los planes del ilustre patriota. Mina tuvo tiempo de escapar y se refugió en Francia.

Hay que decir ahora que ningún liberal confundía al rey Fernando VII con los ministros é hipócritas mitrados que le rodeaban, y de aquí que muchos se dirigiesen á él con representaciones más ó menos enérgicas. Uno de estos bien intencionados españoles fué D. Juan Díez *el Empecinado.*

Nada más elocuente, enérgico y sencillo que el documento que el noble guerrillero hizo llegar á las reales manos el día 12 de febrero de 1815 aconsejando á S. M. la reunión de Cortes. Todo el mundo quedó asombrado al ver que no se arrojaba al autor á algún horrible calabozo. No se le arrojó por entonces... La venganza debía ser de otro carácter. Sin embargo, se le desterró al año siguiente: ya vendría después lo demás... (1).

## IV

Uno de los primeros generales señalados á las iras de los serviles fué D. Juan Díaz Porlier, nombre que vivirá eternamente en el corazón de todos los amigos de la libertad. Así es que le faltó tiempo al gobierno para condenarle á cuatro años de prisión en el castillo de San Antonio de la Coruña, donde ingresó el 10 de agosto de 1814.

Las fatigas de la guerra y la cautividad en aquellos calabozos habían alterado en tanto grado su salud que al cabo de un año no se le pudo negar el permiso de ir á tomar las aguas de Arteyo, para cuyo pueblo salió á últimos de agosto de 1815, custodiado por un oficial y doce soldados. Apenas se

---

(1) Cuando fué derribada de nuevo la Constitución el año 1823, vivía *el Empecinado* en Roa, á inmediaciones de su pueblo nativo; formósele entonces causa, y durante el curso de la misma el corregidor lo hacía exponer los días de mercado en la plaza pública dentro una jaula de hierro, complaciéndose en los insultos y desmanes del populacho contra su persona y no parando hasta conducirle á la horca, no sin que en la carrera estallara de indignación el brío del mártir ilustre, en términos de romper las esposas y de forcejear desesperadamente por desasirse de sus verdugos. Así murió el gran guerrillero, el héroe legendario, el terror de los veteranos del Imperio.

había instalado Porlier en una casita de campo á orillas del mar, cuando empezaron á dirigírsele los más desesperados ruegos para que fuera á sacar á las guarniciones de la Coruña y del Ferrol del horrible estado en que se encontraban, hambrientas, desnudas y sin percibir el menor socorro. No pudo resistir Porlier las ardientes súplicas de sus desgraciados compañeros de armas, y aunque el lastimoso estado de su salud hubiera sido bastante á rehusar tal honor, creyó que ninguna consideración era bastante á intentar la salvación de la patria.

Cuando estuvo todo preparado entró Porlier en la Coruña, la noche del 18 de septiembre, acompañado del teniente Castañeira y de los doce hombres de su escolta, como de una guardia de honor. La guarnición se componía de 2,000 hombres escasos. Las tropas estaban formadas en el cuartel. Porlier se presentó allí, desenvainó su espada y, después de conversar separadamente con los oficiales y los soldados, manifestó que no se trataba de ejercer violencia de ninguna clase en la persona del soberano y que no había para qué decir el motivo que le había traído allí, pues harto claro era para necesitar explicaciones, encaminándose todo en bien de la patria y del ejército. Recomendó, sobre todo, la moderación y la más estricta disciplina y acabó diciendo que el movimiento no se limitaba tan solamente á la Coruña, sino que debía extenderse á todas las provincias, contándose entre los generales que querían la caída de un gobierno tan funesto á la nación, Ballesteros, Castaños, Lacy y otros muchos.

Las tropas manifestaron su adhesión á la idea de Porlier, y éste dió en seguida orden de que se dividiera el regimiento de Lugo, al mando del coronel Cabrera, y que marchara por destacamentos, después de haber hecho distribuir algunos cartuchos. Al mismo tiempo hizo que algunos hombres resueltos fueran á detener al capitán general, á su secretario, la comisión militar y varios personajes serviles, mandando se les tratara con el mayor respeto. Todo se verificó sin la menor resistencia, al paso que eran puestos en libertad los personajes detenidos por delitos políticos. El invicto general dió en seguida una proclama hábil y elocuentísima, redactada por él y por un auditor de guerra llamado Santurio, discípulo de Jovellanos. A mediodía fué proclamada la Constitución á los gritos de: *¡Viva el rey, por la Constitución!* El ayuntamiento y los frailes no quisieron adherirse, por lo cual el primero fué remplazado por otro.

## V

Porlier salió de la Coruña para dirigirse á Santiago, cuya guarnición estaba convenido se le reuniría si por acaso recibía orden de salir contra él, y fraternizaría en seguida si Porlier se presentaba á la vista de la ciudad.

La noche del 21 de septiembre se encontraban en Órdenes las fuerzas sublevadas, esperando amaneciese para ponerse en camino para Santiago. ¡Fatal retardo! Los frailes de Santiago habían sobornado á fuerza de oro á varios sargentos y soldados. A las ocho de la noche el sargento Chacón reunía á sus compañeros para proponerles coger á los jefes y oficiales y entregarlos á la justicia. Así se hizo: rodeóse el pueblo por un cordón de soldados con la consigna de no dejar salir á nadie, y al dar las diez y media presentábase Chacón en la posada donde se encontraba Porlier cenando con sus oficiales, intimándoles la rendición en nombre del rey. ¡El oro del cabildo de Santiago había hecho este milagro! Muchos pundonorosos oficiales echaron mano á su espada ó á sus pistolas para defenderse de los traidores: todo fué en vano. Porlier y sus compañeros fueron maniatados, guardados de vista por los sargentos, y al ser de día fueron conducidos á Santiago siendo arrojados á los calabozos de la Inquisición. El cabildo de Santiago cantó un *Te-Deum* en acción de gracias.

El día 25 Porlier y sus compañeros fueron sacados de las mazmorras de Santiago y conducidos á la Coruña pura ser juzgados. Iba Porlier casi desnudo y se le había cargado con más de 50 libras de hierro, encerrándolo en el calabazo más inmundo de la cárcel. Tuvo por defensor al coronel Miranda. La sentencia del tribunal fué de muerte en la horca y degradación.

La ejecución tuvo efecto el 5 de octubre. A las once y media de la mañana el cadáver de Porlier se balanceaba al extremo de una cuerda de cáñamo. Este fué el fin del invicto héroe de la guerra de la Independencia.

Un detalle: cuando el fiscal le leyó la sentencia y pronunció la palabra *traidor*, Porlier hizo un movimiento bajo el peso de sus cadenas y lanzándole una

mirada terrible exclamó: —*¡Traidor! ¡Diga V. el más fiel servidor de la patria!*

Porlier quería apasionadamente á su mujer, y el día antes de morir ahorcado le escribió por dos veces. Hizo testamento dejando todo lo que poseía á su esposa D.ª Josefa Queipo de Llano, hermana del ilustre historiador de la guerra de la Independencia, dejando dicho que cuando hubiese ocasión de ser trasportadas sus cenizas á lugar agradable á su esposa, ésta hiciese grabar en el monumento la inscripción siguiente: «Aquí yacen los restos de Juan Díaz Porlier, que fué oficial general de los ejércitos de España. Fué dichoso en todo cuanto emprendió contra los enemigos extranjeros de su patria y murió víctima de las disensiones civiles. ¡Corazones que ardéis por la gloria, respetad las cenizas de un desgraciado patriota!»

El día de la ejecución fué de inmenso luto para la Coruña. Porlier, impaciente por llegar al lugar de la ejecución, marchaba á paso acelerado y subió con rapidez la escalera del patíbulo. En el momento en que el verdugo le arrojó el dogal al cuello, sacó un pañuelo blanco con el cual se enjugó una lágrima y lo dió en seguida á un cura, rogando lo entregase á su viuda. Esta señora, después que hubieron sido secuestrados todos los bienes de su marido, fué encerrada en el convento de Betanzos, donde permaneció seis años, esto es, hasta el restablecimiento de la Constitución.

## VI

La noble empresa intentada por Porlier produjo un recrudecimiento terrible de tiranía. Ballesteros fué desterrado á la Alhambra; *el Empecinado*-fué sacado de León, donde residía, y encerrado en el castillo de Monzón; cayeron en desgracia, ¿quién lo diría?, ¡Ostolaza, Castro y Escoiquiz! Persiguiéronse sañudamente las sociedades secretas, encargándose al arzobispo de Granada de denunciar las que existían en aquella capital. Formóse un complot misterioso en el que entraron el abogado y ex guerrillero D. Vicente Richart y los generales O'Donoju y Renovales, este ultimo, uno de los héroes de Zaragoza. Descubierta la conspiración, fué ahorcado Richart. Nada se le pudo probar á O'Donoju, y en cuanto á Renovales, emigró á Inglaterra, desde cuyo punto ofreció sus servicios á la república de Venezuela.

Lacy, ídolo del ejército y amadísimo de los catalanes, se encontraba desterrado en Cataluña, teatro de sus gloriosas proezas; topóse en Caldetas con el general Milans del Bosch, el hermano de éste don Rafael, y el teniente coronel del regimiento de Tarragona, de guarnición en Arenys, D. José Quer, y convinose en dar el grito de Constitución. La tentativa se malogró por la traición de dos oficiales llamados Apentel y Nandín, que todo lo debían á Lacy. Descubiertos todos, pudo salvarse Quer, gracias á la nobleza del oficial Cabrera, mientras Milans lograba embarcarse en Badalona. Lacy fué entregado por el dueño de una casa de campo en que se hallaba refugiado, cerca ya de la frontera. Fué condenado á muerte, pero como el clamor que se levantó pidiendo gracia para él hacía temer que la guarnición de Barcelona se negase á prestarse á la ejecución, se acudió al subterfugio infame de embarcarlo para Palma de Mallorca, propalando la voz de que se le conmutaba la pena por la de confinamiento. Apenas hacía cuatro días que se encontraba en el castillo de Bellver, cuando se le presentó en el calabozo el fiscal de la causa y le leyó la sentencia, que debía ser ejecutada al día siguiente á las cinco de la mañana. Concedióse la gracia de morir fusilado en vez de ahorcado.

Castaños era capitán general de Cataluña. Era amigo íntimo de Lacy y no creemos que le hubiese costado gran cosa salvarle la vida.

Poco después eran ejecutados en Valencia el coronel Vidal y además los paisanos Beltrán de Lis.

El día 17 de diciembre salían de las cárceles de Madrid, después de diez y nueve meses de encierro, los señores siguientes: Argüelles, para ocho años al Fijo de Ceuta; Calatrava, ocho años á Melilla; Muñoz Torrero, seis años al convento de Erbón; don Joaquín Lorenzo Villanueva, seis años al de Salceda; Nicasio Gallego, cuatro años á la Cartuja de Jerez; Martínez de la Rosa, ocho años de presidio al Peñón; Sánchez Barbero, ocho años al presidio de Melilla, y así sucesivamente D. Ramón Feliu, García Herrero, López Cepero, Canga, Argüelles, Arispe, etc., etc., etc. Saviñón había muerto en la cárcel.

Hablando de las causas formadas á estos ilustres españoles, dice el conde de Toreno: «Tres comisiones escogidas sucesivamente entre los mayores adversarios de los perseguidos, no osaron condenarles. Or-

denó Fernando por sí mismo lo que repugnaron fallar hombres feroces y sedientos de venganza. Necesitaríase la pluma de un Tácito para pintar ciertos rasgos y sucesos de aquel tiempo, dignos en esta parte de ponerse al lado de los de un Tiberio ó de un Calígula y de hacer con ellos buen juego.»

Tal era el estado de la nación española al terminar la guerra de la Independencia.

¡Lúgubre final, por cierto, el de nuestra inmortal epopeya!

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID Comunidad de Madrid

# ÍNDICE

## DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO SEGUNDO


Capítulos — Págs.

### LIBRO PRIMERO
#### Las Cortes de Cádiz

I.—En vísperas del gran día. . . . . 5
II.—El 24 de septiembre de 1810. . . . . 11
III.—Labor fina. . . . . 21
IV.—«Inri». . . . . 28
V.—Clara. . . . . 35
VI.—Un presidente que se somete. . . . . 44
VII.—Una sesión solemne. . . . . 48
VIII.—Diplomacia. . . . . 57
IX.—Nueva regencia. . . . . 66

### LIBRO SEGUNDO
#### Los guerrilleros

I.—Ojos Negros. . . . . 73
II.—La ermita de Santa Marta. . . . . 85
III.—Las partidas. . . . . 91
IV.—Esther. . . . . 98
V.—«El Empecinado». . . . . 105
VI.—Las justicias de Gaspar López. . . . . 110
VII.—El cerro del Puerco. . . . . 117
VIII.—Un periodista de antaño. . . . . 121
IX.—Antoñita. . . . . 128
X.—Noche de juego. . . . . 136
XI.—Noche de amor. . . . . 142
XII.—La Albuera. . . . . 149
XIII.—Después de Albuera. . . . . 155
XIV.—Saligny ante lo inesperado. . . . . 163
XV.—Diana. . . . . 171
XVI.—Jaque á la reina. . . . . 178
XVII.—En el que se cuenta el fin trágico que tuvieron varios personajes de este libro. . 184

Capítulos — Págs.

### LIBRO TERCERO
#### Tarragona

I.—El castillo de San Felipe. . . . . 189
II —El hostal de la Serafina. . . . . 194
III.—Más bullangas. . . . . 201
IV.—Montjuich. . . . . 206
V.—Manresa. . . . . 211
VI.—Figueras. . . . . 217
VII.—Tarragona. . . . . 222
VIII.—Dúos y tercetos. . . . . 226
IX.—Jordi. . . . . 233
X.—«Horrida mater». . . . . 243
XI.—Rosita la calesera. . . . . 250
XII.—Noche de horror. . . . . 254
XIII.—Tres. . . . . 259
XIV.—Un caníbal franco-italiano. . . . . 263
XV.—Clara Margenat. . . . . 268
XVI.—La toma del arrabal.—Trabajos de aproche. 271
XVII.—Un mar de sangre. . . . . 277
XVIII.—Tienen ojos y no ven. . . . . 286
XIX.—Ninón. . . . . 291
XX.—Un banquete. . . . . 300
XXI.—El general D. Luis Lacy. . . . . 309
XXII.—Lo de Valencia. . . . . 314
XXIII.—Donde D. Serapio revela inesperados conocimientos navales. . . . . 319
XXIV.—Donde se verá cómo un buen marino puede también marearse. . . . . 329

### LIBRO CUARTO
#### La Constitución

I.—Cádiz en 1812. . . . . 337
II.—Lord Claymore. . . . . 343

Capítulos — Págs.

III.—En el que se habla del amor. . . . . 349
IV.—Eponina Nauchet. . . . . 355
V.—La batalla de Salamanca. . . . . 362
VI.—Ecos de la capital. . . . . 370
VII.—Gabriela. . . . . 378
VIII.—El sueño de una noche de verano. . . . 387
IX.—Un pronunciamiento, un «quid pro quo» y una retirada. . . . . 393
X.—Polémica. . . . . 401

## LIBRO QUINTO

### Rusia

I.—Donde se encuentra á más de un conocido. 409
II.—Táctica. . . . . 417
III.—El Moskowa. . . . . 424
IV.—La abadía . . . . . 432
V.—Rostopchine. . . . . 444
VI.—De Moscou á Krasnoe. . . . . 455
VII.—Extrañas aventuras. . . . . 464
VIII.—Fascinación. . . . . 472
IX.—El paso del Beresina . . . . . 481
X.—La balsa. . . . . 491
XI.—Wilna. . . . . 495
XII.—De Wilna á Berlín. . . . . 504

## LIBRO SEXTO

### Vitoria y San Marcial

I.—El «Mas de las Moreras». . . . . 513
II.—Buena vendimia. . . . . 520
III.—Oración fúnebre. . . . . 524
IV.—El doctor Llobet, adjunto de la municipalidad de Barcelona. . . . . 528
V.—Charras y lanceros. . . . . 537
VI.—La familia Tamajón. . . . . 547
VII.—En la Casa de Campo. . . . . 554
VIII.—Estética. . . . . 560
IX.—La marquesa de Montefuego. . . . . 564
X.—Pesquisas. . . . . 571
XI.—Al Norte. . . . . 577
XII.—Vitoria. . . . . 583
XIII.—En Zaragoza. . . . . 587
XIV.—En Zaraus. . . . . 593
XV.—Otra inglesada. . . . . 599
XVI.—San Marcial. . . . . 604
XVII.—Después de la batalla. . . . . 608
XVIII.—Madre é hija. . . . . 614
XIX.—Más hazañas de Suchet. . . . . 618
XX.—El hostal del Xipreret. . . . . 623

Capítulos — Págs.

XXI.—La Cruz de Ordal. . . . . 629

## LIBRO SÉPTIMO

### Los españoles en Francia

I.—Allende el Bidasoa. . . . . 633
II.—Allende el Nivelle. . . . . 638
III.—Jaquelina. . . . . 644
IV.—La canción del «Comte Arnau». . . . . 651
V.—Allende el Nive. . . . . 657
VI.—Valencey. . . . . 663
VII.—En Madrid. . . . . 671
VIII.—Antes de Tolosa. . . . . 676
IX.—Tolosa. . . . . 683
X.—Da fin la guerra.—Opiniones sobre la misma. . . . . 691

## LIBRO OCTAVO

### La vuelta del deseado

I.—De Valencey á Valencia. . . . . 695
II.—En Valencia. . . . . 703
III.—En el que se cuentan muy buenas cosas. . 708
IV.—Trágico fin de varios personajes de esta obra. . . . . 715

## LIBRO NOVENO Y ÚLTIMO

### El terror blanco

I.—Donde el lector trabará conocimiento con un señor canónigo. . . . . 725
II.—Donde Roque vuelve á ver fantasmas. . 734
III.—Donde D. Pascual Bergadá toma una resolución heroica. . . . . 744
IV.—Conferencia. . . . . 750
V.—El sermón. . . . . 757
VI.—Espadas y cogullas. . . . . 761
VII.—Lucrecia. . . . . 768
VIII.—En palacio. . . . . 776
IX.—«Labor fina». . . . . 780
X.—De camino. . . . . 785
XI.—Morillo. . . . . 793
XII.—La araña y la mosca. . . . . 801
XIII.—Donde el general Morillo reza el Santísimo Rosario. . . . . 808
XIV.—La garantía. . . . . 814
XV.—Los agraviados. . . . . 820
XVI.—Quien espera desespera. . . . . 829
XVII.—Lucrecia. . . . . 835
EPÍLOGO. . . . . 839

# PAUTA

## PARA LA COLOCACIÓN DE LOS CROMOS DEL TOMO SEGUNDO


| | Págs. |
|---|---|
| —Nuestras almas están encadenadas por esa estrella.. | 103 |
| —Esa mujer es vuestra, lleváosla. | 114 |
| Salió el tiro yendo á clavarse la bala en el techo.. | 176 |
| —¡Condenado!—vociferó la sombra. | 240 |
| La mujer había tomado en brazos al herido. | 267 |
| Asestóle en la cabeza terrible golpe. | 275 |
| Toma de Tarragona por los franceses. | 280 |
| D.ª Brianda hizo una graciosa cortesía. | 350 |
| —Gracias, gracias, marqués de Lagarde. | 416 |
| Sorpresa de los franceses por Manso. | 525 |
| —Muere, miserable ladrón. | 600 |
| San Marcial. | 605 |
| —Tú has sido, mas no te escaparás. | 631 |
| —Gracias, Carmen,—exclamó Miranda. | 720 |

Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina
*1375774*